

*«Hombres del Sur» trae a nuestras letras un nombre nuevo, al que, por las excelencias que encierra este libro, le están reservados muchos triunfos. Manuel Rojas, poeta y cuentista, es poco menos que desconocido entre nosotros. Urge, por eso, que demos algunas noticias de su vida.*

*Manuel Rojas, es un joven escritor, nacido en la Argentina, pero hijo de padres chilenos, que ha vivido largas temporadas en nuestro país y en el de su nacimiento. De alta estatura, con aire reposado de atleta vigoroso, su aspecto ya nos dice que este hombre cuyo espíritu es capaz de sentir las más intensas*

*y refinadas impresiones del arte conoce muy de cerca el trabajo y el esfuerzo. En efecto, la lucha por el pan de cada día no ha sido fácil para él. Desde muy niño, mucho antes de haber completado una instrucción mediana, ha tenido que trabajar.*

*Como trabajador ha formado en las cuadrillas de hombres encargados de las obras del Transandino. En Valparaíso ha hecho las faenas propias del puerto, como lanchero, tripulante de los vapores carboneros, y ha recorrido todo Chile, ya sirviendo de apuntador a una compañía de cómicos, ya aventurando una azarosa vida humilde. En Santiago y en Buenos Aires ha sido linógrafo.*

*Contiene este libro un cuento en que el autor nos relata la travesía de la cordillera de los Andes a pie, por un grupo de hombres. Es Manuel Rojas el que ha vivido esa odisea esforzada: no siempre ha tenido el dinero necesario para pagar el pasaje al Transandino.*

*Muchos y muy diversos han sido los am-*

bientes que ha podido conocer, por lo que hemos dicho, Manuel Rojas. Cada uno de ellos le ha ofrecido una lección especial y le ha mostrado la existencia a través de un prisma propio. Tal es el carácter de los cuentos que forman este volumen.

Refazos de su vida, impresiones captadas al azar de las horas y que forman hoy algunos de sus más amables recuerdos, cuadros trágicos o risueños en que fué espectador y —a veces—actor: esos son sus relatos. Sus héroes son hombres que, por un momento breve o dilatado, confluyeron en su existencia. Junto a ellos el autor ha vivido alguna hora triste o alegre, entusiasta o monótona, risueña o desesperada. Sus dichos y sus conceptos, su sentido de la vida y de la muerte han quedado grabados fielmente en su memoria. Sus siluetas siniestras o placenteras son familiares a su alma. Por eso estos cuentos conservan tan poderoso soplo de vida y los hombres que los surcan llegan hasta nosotros con su paso vigoroso, su aliento rudo, su voz agria y su corazón

*leal, como buenos camaradas de siempre. Jamás podremos decir de un personaje de Manuel Rojas que sea una simple ficción. A poco ahondar encontraremos en él un formidable contenido humano, toda la virtud vital que se manifiesta en cada uno de sus hechos y palabras.*

*Leiva y los hermanos Segovia, de «El bonete maulino»; Pablo González, de «Un espíritu inquieto»; Vicente, de «El cachorro»; Laguna, del cuento del mismo nombre, y Kana Joe, Mariluán y todos los seres que aparecen en «El hombre de los ojos azules», son hombres de una pieza, a quienes vemos vivir en ese plano esencial que es la creación novelesca y a quienes jamás podremos confundir entre sí. El autor nos los presenta con tan vivos y autónomos caracteres, con lenguaje tan animado y personal, con hechos tan propios, que cobran una existencia superior a la del simple relato y surgen ante nuestros ojos maravillados como hombres de carne y hueso. Sus angustias, sus alegrías me-*

*nudas, sus aventuras y sus destinos menguados no pueden sernos indiferentes. En ellos volvemos a recorrer la existencia de muchos de nuestros semejantes, y una simpatía poderosa, una corriente de afecto se tiende entre ellos y nosotros.*

*Pero la fidelidad de Manuel Rojas para llevar a la novela la vida, para hacer de cada hombre un hombre en la enérgica plenitud del vocablo, y no un ente de razón, frío y académico, no es el único mérito de su obra. También hallamos en ésta un sentido sereno, castigado y preciso. No conoce el autor los laberintos de la retórica, y sin embargo su acierto para escribir, para salvar los obstáculos de las letras nos demuestran que es un escritor de nacimiento, que sólo podrá hacer bien una cosa en su vida: escribir. Pocas pero bien empleadas palabras le bastan para darnos la impresión del ambiente o para cercar la presencia de un personaje. Cuando el cuento alcanza la tensa rigidez del dramatismo, entonces vemos cuan sobrios son sus in-*

tentos y como es de aguda y fina su sensibilidad.

Tiene aún otro mérito la obra de Manuel Rojas, y creemos que él marca un sector en que tal vez debería penetrar con más frecuencia, porque para él su espíritu señala condiciones insuperables. Nos referimos a su sentido del humor. En todos los cuentos que componen este volumen resplandece alguna ironía, algún sarcasmo se desliza. En más de una expresión intencionada sorprendemos la sana sonrisa del autor, el regocijo en cierto modo infantil que anima su aspecto de gigante moreno. Amadores de la vida, buenos hombres para los cuales la existencia es ruda, aporreada y hambrienta, pero guarda siempre un cachito de alegría para el que sepa hallarlo, sus personajes tienen algún envés propicio a la risa y a la burla.

Pero hay en «Hombres del Sur» un cuento cuya suprema virtud es el humor. Se llama «Un espíritu inquieto» y narra las aventuras y las impresiones que, en opinión del autor, sufre un espíritu recién desprendido del cuer-

po que habitara. Es preciso leer con calma, con delectación este relato para advertir la capacidad que delata Manuel Rojas para tal género de ironía. Sagaz, fino, intencionado, agilísimo, jamás cae en la chabacanería de un ejercicio que los vulgares confunden con la chacota grosera. Acaso sólo algún teósofo trasnochado podrá sentirse ofendido en sus ensueños por la conversación trivial de un par de espíritus vagabundos.

¿Es ese el sendero que habrá de seguir en el futuro nuestro autor? ¿Sus nuevas obras continuarán beneficiando, de preferencia, la veta de sarcasmo que ofrece la humanidad? No nos parece extraño que así sea. Manuel Rojas sabe cuál es el valor exacto de una labor de esta especie y seguramente su espíritu no se negará a una solicitud amable.

Tal es el libro que sigue. Un hombre sano que siente el arte como una tentación poderosa y que ha llegado a él con plenitud de fuerzas, con ansia dominadora de macho, ha vertido en este volumen algunas de sus impresiones y unos pocos de los recuerdos de

---

*su vida. Lo ha hecho con una fidelidad de buen gusto, con ánimo elevado y fino, con robustez desenfadada. Merece el éxito que de seguro lo habrá de acoger.*

RAÚL SILVA CASTRO.